

# ALBERT RIVERA

*Un ciudadano libre*



ALBERT RIVERA

UN CIUDADANO LIBRE



© Albert Rivera, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 5.877-2020  
ISBN: 978-84-670-5915-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**

# ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| NOTA DEL AUTOR .....                      | 11  |
| ESTA ES MI HISTORIA .....                 | 13  |
| 1. EL ADIÓS .....                         | 17  |
| 2. LOS MÍOS .....                         | 37  |
| 3. EMPEZAR DE CERO .....                  | 55  |
| 4. DEL PARLAMENT AL CONGRESO .....        | 73  |
| 5. EL VALOR DEL LIDERAZGO .....           | 93  |
| 6. ¿EL HOMBRE DEL IBEX? .....             | 109 |
| 7. UN LIBERAL ENTRE LAS DOS ESPAÑAS ..... | 123 |
| 8. ADVERSARIOS, ENEMIGOS Y AMIGOS .....   | 137 |
| 9. PACTAR ES SOLO PARA VALIENTES .....    | 165 |
| 10. BAJO LOS FOCOS Y EN LAS REDES .....   | 185 |
| 11. LA AMENAZA NACIONALISTA .....         | 213 |
| 12. GOLPE A LA DEMOCRACIA .....           | 231 |
| 13. LES RESPETO, LES ADMIRO .....         | 253 |
| 14. VENEZUELA Y LA LIBERTAD .....         | 277 |
| 15. LA ESPAÑA Y EL MUNDO QUE VIENEN ..... | 293 |
| 16. A PARTIR DE AHORA .....               | 307 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO.....                    | 313 |

# 1

## EL ADIÓS

**S**on cerca de las doce del mediodía del 11 de noviembre de 2019. Tan solo han transcurrido unas horas desde que las elecciones generales han dejado un mapa político nacional más fragmentado y polarizado que nunca. Ciudadanos, el partido que en ese momento todavía lidero, ha sufrido un importante descalabro: de cincuenta y siete diputados hemos pasado a diez, perdiendo por el camino de la repetición electoral más de la mitad de los votos.

Hace apenas una hora, en la reunión de la ejecutiva nacional, he comunicado a mis compañeros mi dimisión como presidente del partido. He convocado a los medios y todos quieren acompañarme en uno de los momentos más difíciles de mi vida política y personal hasta la sala de prensa, que está en la planta baja de la sede nacional. Estamos en la planta cuarta, que es donde se encuentran los despachos de los miembros de la ejecutiva. Todos se concentran ante la puerta del mío y, rodeándome, vamos hasta el ascensor. Bajamos en varios turnos y algunos lo hacen por la escalera. El contraste de emo-

ciones es brutal: la tristeza de una despedida después de casi trece años de lucha y la certeza de que estoy haciendo lo correcto. Quiero pronunciar un discurso desde el corazón y comprensible para todos. No solo dejo la presidencia de Ciudadanos, sino que también he decidido renunciar a mi escaño en el Congreso de los Diputados y retirarme de la política.

Hay tristeza en los rostros de mis compañeros, algunos lloran, pero intento animarles: les digo que la vida sigue y que a partir de ahora deberán coger las riendas del partido. Llegamos a la planta baja. Queremos pasar todos juntos a la sala de prensa, que está llena a reventar. Avanzo por el pasillo que forman trabajadores, asesores y compañeros. La noticia de mi dimisión se ha filtrado a los medios de comunicación unos minutos antes, quizá a través de algún miembro de la ejecutiva —somos cincuenta personas y se trata de la noticia política del día y de la semana, como se vio después—, pero no me ha sorprendido: no es la primera vez que ocurre y me lo esperaba. Le he dicho a mi equipo de comunicación que prefiero subir solo al atril. Para bien o para mal, se trata de mi historia y, en gran medida, es una historia personal. Quiero contarles a todos los españoles por qué he decidido marcharme. Quiero que mi dimisión no sirva solo para poner fin a una etapa, sino, también, para asumir públicamente la responsabilidad de los malos resultados electorales. Y para ello necesito la máxima repercusión mediática, pero, al mismo tiempo, disponer de la intimidad que proporciona estar solo en un atril.

Entro sonriendo en la sala de prensa, pero, como luego pude comprobar en las imágenes, es una sonrisa triste que refleja un «hasta aquí hemos llegado, os llevaré siempre en el

corazón». Cuando subo al atril, oigo los aplausos de los trabajadores, que están apoyados en las barandillas de las cinco plantas de la sede. En ese instante me vienen a la mente *flashes* de noches de gloria en las que, desde esas mismas barandillas, se han celebrado con brindis, aplausos y cánticos un buen número de éxitos electorales.

Ahora todo es diferente. Y, sin embargo, tengo la sensación de que nada es nuevo para mí, que ya lo había pensado, imaginado e incluso soñado. Desde que empecé en política, una de mis mayores preocupaciones fue saber marcharme a tiempo y, de hecho, así se lo hice saber a algunos compañeros: «Cuando intuya que me puedo convertir en un problema, me iré sin molestar». Esa era mi convicción. He visto a demasiados líderes políticos aferrarse al sillón o al escaño, y me prometí que nunca sería uno de ellos.

Llevo mi discurso en una carpeta. Lo he escrito, como siempre, «a mi manera». Como luego se vio en algunos medios de comunicación, tan solo es un esquema con algunos apuntes, con una letra indescifrable —soy abogado, pero mi caligrafía podría pasar por la de un médico—, que había escrito quince minutos antes en mi despacho, en seis o siete folios reciclados. Plasmé allí mis notas, aunque el contenido estaba meditado y digerido desde mucho tiempo atrás.

*Nunca estuve en política atornillado a un escaño. Cada vez que he entrado en el Congreso de los Diputados, he sentido orgullo, honor y responsabilidad ante lo que significa servir al pueblo español, ser un diputado que representa a los españoles.*

Sabía que no sería fácil pronunciar aquel discurso. Mis compañeros ignoraban que se trataba del último porque en la reunión de la ejecutiva preferí omitir que abandonaría el escaño y la vida política. Tan solo el secretario general, José Manuel Villegas, y tres o cuatro personas más conocían el alcance de lo que sucedería a continuación. Al fin y al cabo, mi decisión no era solo orgánica y política, sino también personal e irrevocable.

Temía, sobre todo, echarme a llorar, especialmente en el párrafo en el que hablaría de mi vida personal. Me veía capaz de explicar con serenidad la parte política, pero, como ya me había ocurrido en algún otro discurso, sabía que, en cuanto hiciera referencia a mi hija, a mis padres, a mi pareja o a mis amigos, podría derrumbarme. Soy una persona emocional, pero en demasiadas ocasiones tiendo a tapar esa cara con la más racional. Era del todo consciente de que tenía que cumplir y acabar aquella comparecencia sin interrupciones, pero también debía aceptar que quizá en algún momento me vería obligado a parar por la emoción.

Precisamente ese mismo día, en mi casa, antes de ir a la sede del partido, mientras tomábamos un café a las ocho de la mañana, hablé de ese temor con Euprepio Padula, un asesor externo que colaboraba conmigo desde hacía unos meses. Le conté mi decisión y le pregunté qué debía hacer cuando llegara el momento de referirme a mi vida privada. Él me contestó: «Si ves que te vas a poner a llorar, para unos segundos, bebe agua y continúa». Porque en ningún caso estaba dispuesto a eludir esa parte de la historia, por qué había decidido marcharme, por qué decía adiós. Los ciudadanos que habían



confiado en mí merecían esa explicación y yo necesitaba contarle para irme en paz.

Pronuncié las primeras palabras desde el atril y al instante me di cuenta de que me sentía más relajado de lo que imaginaba. Dirigiéndome a los medios, expliqué que iba a comunicarles tres noticias: dos de carácter político y una de carácter personal. Por experiencia sé que para mantener la atención de una audiencia es mucho mejor explicar con claridad al inicio, a modo de índice, lo que vas a contar. Y también que resultaría más atractivo dejar para el final la vertiente humana y más trascendente de mi decisión. De ese modo me aseguraba de que las televisiones y las radios emitirían en directo, de principio a fin, aquella dramática comparecencia. Era la mejor manera de que el mensaje llegase limpio y sin interpretaciones interesadas a todos los ciudadanos. Y así sucedió.

Expuse con serenidad y racionalidad la primera parte del discurso (mi dimisión como presidente de Ciudadanos), pero cuando llegó el momento de hablar de la renuncia a mi acta de diputado comenzaron a aflorar las emociones. Para mí, trabajar en el Congreso ha sido un honor cívico y patriótico. Nunca entendí el escaño como una nómina, sino como una vocación. Por eso, mientras verbalizaba esa idea, me fui dando cuenta de que no volvería a estar en el Hemiciclo, que no volvería a vivir un discurso de investidura, una sesión de control o el debate de una ley. Y fue entonces cuando volvió a dibujarse en mi cara una sonrisa, una sonrisa de aceptación de alguien a quien le apasiona el parlamentarismo y que está a punto de renunciar a su pasión.

También fui consciente del poco tiempo que había pasado desde el momento en que recogí mi acta de diputado por primera vez en el Congreso, en enero de 2016. Ya no se trata de que la vida política española sea líquida, como afirmaba el pensador Zygmunt Bauman sobre la sociedad del siglo XXI, sino que ha empezado a ser directamente gaseosa. No habían pasado ni cuatro años desde que llegué al Congreso de los Diputados liderando un proyecto nacional que ha logrado entrar en los Gobiernos de varias comunidades autónomas, y que con cincuenta y siete diputados llegó a convertirse en la tercera fuerza política del país, prácticamente igual que el Partido Popular, que fue la segunda fuerza tras las elecciones del 28 de abril de 2019. Nadie puede negar que la política española actual se mueve a la velocidad de la luz, aunque cada vez parece más sombría.

No era el momento de hacer reproches ni de buscar culpables. Debía asumir la responsabilidad de lo sucedido sin entrar en valoraciones o análisis estratégicos. Estaba ahí, delante de los medios de comunicación, para decir, simplemente, que me marchaba y que hacía la máxima autocrítica posible: el adiós. Son demasiados los políticos que en momentos parecidos han optado por distribuir culpas entre los adversarios, la ley electoral, los medios de comunicación, el *establishment* económico, la abstención e incluso los propios votantes. Pero yo no quería subirme a ese carro; no estoy hecho de esa pasta, ni para lo bueno ni para lo malo. Siempre he creído que a la política se llega llorando de casa y que el liderazgo no se ejerce desde el victimismo, sino desde la ejemplaridad y la responsabilidad. Sí quise mencionar a un político

que para mí es un líder y un referente, Barack Obama, y recordé una frase que pronunció en 2017 aludiendo, aunque sin decir su nombre, a Donald Trump: «Si para ganar te dedicas a dividir a la gente, vas a tener un país ingobernable». La recordé porque, más allá del resultado obtenido por Ciudadanos, me preocupa el complejo escenario que ha quedado tras las elecciones del 10 de noviembre de 2019. Deseé suerte a los líderes que deberían hacer frente a la situación y felicité al Partido Socialista por su victoria. Antes que liberal y de Ciudadanos, soy demócrata y español.

Fue en el tercer bloque del discurso cuando comuniqué mi decisión de abandonar la política: es importante cerrar bien la última página de un capítulo de la vida para seguir la historia con buen pie y, como dice la canción de Kiko Veneno, es preferible que te echen de menos antes de que te echen de más. Debía marcharme porque en ningún caso podía ser un escollo ni para el partido ni para mí mismo. Me considero una persona libre y honrada, y he querido dejar la política de manera libre y honrada.

El discurso estaba resultando liberador. Hablé de mi hija, de mis padres, de mi pareja y de mis amigos, y lo hice porque era justo. No se trataba tanto de un homenaje como de un reconocimiento a mi entorno familiar, que ha tenido que soportar muchas cosas por culpa de mi carrera política. La verdadera patria la forman, además de tus compatriotas, las personas a las que quieres y que te quieren. Entonces me vinieron a la cabeza amigos con los que no he podido quedar por falta de tiempo, los fines de semana que no he pasado con mi hija, a quien en demasiadas ocasiones no he sabido expli-

car que no tenía tiempo porque volvía a estar en campaña electoral... También pensé en mis padres, en su preocupación, en las amenazas separatistas que han sufrido o en tantas semanas sin verme el pelo y siendo conscientes de la tensión a la que he estado sometido. Y pensé en Malú, mi pareja, que ha sido un apoyo fundamental y ha demostrado una valentía enorme al poner el amor por encima de la crítica y los prejuicios.

Sin duda, la última parte del discurso estaba siendo la más difícil de abordar emocionalmente. Muchos de mis compañeros, con sus miradas de apoyo, me ayudaron a continuar. Sus aplausos destilaban nostalgia y los usé de válvula de escape para hacer pausas, respirar y mantenerme entero, un recurso que conocemos bien los que llevamos años pronunciando discursos ante todo tipo de auditorios. Algunos días después comprobé que la emoción que se instaló en aquella sala —vi a varios periodistas con lágrimas en los ojos— llegó también a los hogares de muchos ciudadanos, y fue un elemento común en todos los comentarios espontáneos que recibí después: «Lo vimos en casa y nos hiciste llorar». El corazón y la sinceridad son las armas más poderosas, aunque nada fáciles de usar en política, porque los actores principales nos vemos inmersos en la noria mediática, en la pelea simplista de los titulares y la inmediatez, y en el celo extremo que ponemos en las palabras que usamos. Seguramente hace falta menos calculadora y corsé para poder comunicar con más autenticidad y libertad.

«Hay vida más allá de la política», dije al final. Estoy totalmente convencido de ello, pero lo cierto es que en ese

momento desconocía cómo sería. Por aquel entonces no sabía lo que me esperaba ni a lo que me iba a dedicar en los próximos años. Tomé una de las decisiones más importantes de mi vida guiándome por mis convicciones y en contra de la comodidad. Siempre he creído que nuestra existencia son instantes y etapas, que no hay que temerlos, sino vivirlos al cien por cien. Si no hubiera sido así, ni habría entrado en política ni vivido este apasionante camino de más de una década aprendiendo, soñando y compartiendo.

*Si bien la política lo ha sido todo para mí durante estos años, la vida es mucho más que la política.*

Ya en la noche electoral, y ante la dureza de los resultados, sopesé la posibilidad de poner de inmediato mi cargo a disposición del partido. Incluso lo hablé con José Manuel Villegas y con algún otro miembro de la ejecutiva. Sin embargo, decidí convocar una reunión extraordinaria para el lunes 11 de noviembre. No podía retrasarse. Era la forma correcta de hacer las cosas, por respeto a las cincuenta personas que integran el órgano directivo del partido y por sentido común.

El sábado 9 de noviembre, día anterior al de las elecciones, y ante lo mal que nos situaban las encuestas, mantuve una larga conversación telefónica con Villegas en la que contemplamos distintos escenarios. Los sondeos nos planteaban dos posibilidades: un mal resultado o un resultado peor. O bien conseguíamos entre veinte o treinta escaños y podríamos ser decisivos en ciertas alianzas, o bien nos quedábamos por

debajo de los veinte escaños. En este caso, estaba convencido de que debía dimitir de inmediato. Ni mucho menos sería una decisión tomada en caliente, porque desde hacía varios meses contemplaba esa opción.

Cuando los peores pronósticos se hicieron reales, me reuní con algunos de mis compañeros más cercanos (el propio Villegas, Fernando de Páramo y Carlos Cuadrado, entre otros) y con los miembros del equipo de presidencia, y les confesé que había llegado el momento de tomar algunas decisiones importantes. Le pedí a Villegas que improvisara una reunión informal con el comité permanente de la ejecutiva antes de bajar a la sala de prensa, y allí reconocí que aquello era un batacazo sin excusas ni paliativos y que así lo asumiría ante los medios unos minutos después. También esa misma noche propuse convocar un congreso extraordinario del partido. Por sus gestos y sus breves palabras creo que respiraron tranquilos: al menos su presidente no tenía el estómago de salir ante toda España para quitarle hierro a la derrota y esquivar responsabilidades.

Algunos de los miembros de la ejecutiva comenzaron a sospechar que, en efecto, dimitiría al día siguiente. Recuerdo un mensaje de Begoña Villacís —que leí tarde, es decir, tras la comparecencia ante los medios— en el que me decía que la responsabilidad era compartida, que tanto los aciertos como los errores se habían decidido entre todos. También uno de nuestros asesores, Pablo Pombo, me escribió e intentó convencerme con argumentos sólidos de que debía aguantar al frente de Ciudadanos, al menos un tiempo, teniendo en cuenta el difícil momento que atravesaban el proyecto y el país.

Pero la decisión ya estaba tomada. Y desde hacía tiempo lo tenía asumido. Prueba de ello es que muchas de las notas dispersas que sirvieron de base para construir mi discurso ya estaban guardadas en mi móvil semanas antes del inicio de la última campaña. Las había escrito en los ratos libres, durante los viajes de vuelta a casa después de un mitin o mientras me tomaba un café en el despacho. Tenía la sensación de que mi cuerpo y mi mente me empujaban hacia ese punto y final. De hecho, apenas transcurridos unos días de las elecciones generales de abril, a pesar del buen resultado, confesé por separado a Villegas y a mi pareja mis intenciones: «Me queda una oportunidad más: o llego a la Presidencia del Gobierno en las siguientes, o me marcho y dejo paso». Desde mayo de 2019 había empezado a asumir ese «plan b» que me permitiera tomar decisiones sin temor al futuro, pasara lo que pasara en las urnas. En un año habíamos vivido cuatro campañas electorales agotadoras. Y confieso que, después de que se convocaran los últimos comicios, llegué a preguntarme si debía seguir siendo el candidato de Ciudadanos a la Presidencia del Gobierno. Me sentía mentalmente exhausto. Había sido un año de crecimiento con numerosos éxitos electorales, pero al mismo tiempo tuve que soportar sobre mis espaldas una agotadora campaña de presión política y mediática.

*En un proyecto político, los éxitos son de todos, pero los malos resultados son del líder.*

A las diez y media de la mañana del 11 de noviembre comenzó la reunión de la ejecutiva nacional de Ciudadanos.

En el orden del día, un solo asunto: la valoración del resultado electoral. Entré en la sala de la ejecutiva, en la quinta planta, y vi que había un *quorum* absoluto: ni un solo miembro del órgano había fallado a la cita y todos esperaban a que diera comienzo la reunión. Tras saludarlos uno a uno, tomé asiento junto a Villegas, que, como siempre, inició y dirigió la sesión. Unos minutos antes le había pedido intervenir en primer lugar y, sin más, me cedió la palabra en un ambiente silencioso, triste y expectante. Intenté hablar, pero al instante me desmoroné. Apenas logré pronunciar dos frases cortas: «Me voy. No puedo más». Clavé los codos en la mesa, agaché la cabeza y me puse a llorar. Mis compañeros, muchos claramente emocionados y con lágrimas en los ojos, empezaron a aplaudir. No duró más de un minuto, pero me pareció eterno. Sentía tristeza, vergüenza, pero a la vez mucho agradecimiento y cariño. Les pedí que dejaran de aplaudir: «Parad. Si seguís, me vais a matar», y cuando retomé la palabra, les expliqué lo duro que había sido para mí el último año, que no me habían faltado ganas de abandonar, que había resistido solo por ellos, por todos los que habían confiado en mí.

La mayor parte de quienes estaban en aquella reunión habían venido de la sociedad civil y muchos se incorporaron a la política o a Ciudadanos porque fui personalmente a buscarles. Por eso me preguntaban: «¿Y yo qué hago ahora? Si estoy aquí, es por ti»... Y no había otra respuesta posible: «Si creéis en el proyecto que hemos construido, debéis seguir trabajando y luchando por nuestras ideas y por nuestro país, pero lo haréis sin mí».



Ese era el caso de Edmundo Bal. Había entrado en el Congreso hacía solo unos meses —en las elecciones del 10 de noviembre fue como número 4 por Madrid— y, tras el escrutinio electoral, se quedaba sin escaño. Me alegré sinceramente cuando supe que con mi renuncia recuperaba su acta de diputado, porque Edmundo, que procede de la Abogacía del Estado, puede hacer un gran servicio a España. La misma noche electoral, de madrugada, me escribió un mensaje diciéndome que le daba igual no haber salido elegido y que, aun sin escaño, estaría siempre a mi lado. Dos días después, cuando se supo que entraba de nuevo en el Congreso, le escribí para invitarle a mi cumpleaños y le dije en tono jocosito: «Voy a estar muy cerca de mi “heredero” de escaño, te voy a dar la paliza. Ese escaño merece mucha dignidad y solo puede “ocuparlo” alguien como tú. Eres una gran persona y confío en ti».

*En coherencia con lo que soy, a nadie le sorprenderá que dimita como presidente de Ciudadanos. Hay gente que puede pensar que es injusto, hay otros que pueden pensar lo contrario, pero si les digo la verdad, sea justo o injusto, es lo responsable.*

Reconozco que tampoco fue sencillo contar a mi entorno más cercano la noticia de mi renuncia. Mis padres querían acompañarme como hicieron en noches electorales pasadas, pero en esta ocasión les pedí que no vinieran a Madrid. Nos conocemos tanto que, a pesar de la que estaba cayendo, ni siquiera nos escribimos. Al día siguiente, poco antes de las

diez de la mañana, les escribí este mensaje en el grupo que tenemos los tres en WhatsApp.

Buenos días, quiero contaros esto a vosotros antes de que lo haga público a las 12 horas. Voy a dimitir esta mañana, voy a renunciar al acta de diputado y dejo la política. No es fruto de un calentón, es fruto de una reflexión. He sido muy feliz estos años que le he dedicado a España, pero quiero seguir siendo feliz, y estaba siendo muy difícil en estos últimos meses. El mal resultado me abre una nueva etapa en la vida para recuperar la ilusión y soñar con nuevos proyectos. Quiero que sepáis que estoy sereno, satisfecho y orgulloso de lo que hemos logrado y de haber contado siempre con vuestro apoyo incondicional. Sé que, como me habéis parido y me conocéis, entenderéis mi decisión.

Ahora tendré más tiempo para ser vuestro hijo, para ser mejor padre, buena pareja y mejor amigo de mis amigos. Me apetece. La vida sigue y estoy seguro de que todo tiene un porqué. Os quiero mucho. Vuestro hijo.

Mi madre me contestó pocos minutos antes de la rueda de prensa:

¡Eres GRANDE!

Por un lado, estoy triste por todo lo que has luchado y perdido por este duro camino, pero a la vez siento que en esta nueva andadura serás muy feliz, y yo ni te cuento.

Has dado todo de ti.

Quédate con lo vivido: el bagaje, los conocimientos, las oportunidades y las personas que has conocido a lo largo de este camino.

¡Te quiero!

Mi padre, también unos minutos antes de la comparecencia, me escribió:

Tomes la decisión que tomes, nosotros la apoyaremos. Queremos lo mejor para ti. Estoy seguro de que volverás a disfrutar de la vida, y nosotros, contigo.

Te queremos.

Días después, mis padres me contaron que centenares de personas les habían escrito, o se habían acercado a saludarles por la calle para darles la enhorabuena, y no deja de ser paradójico que les felicitaran porque había decidido dimitir y abandonar la política. En más de una ocasión, en privado, mi madre había llegado a confesar: «He ganado un líder político, porque me gusta y le voto, pero *de facto* he perdido un hijo».

*Permitidme que me dedique a aquellos a los que más quiero. A partir de ahora, quiero ser mejor padre, mejor hijo, mejor pareja, mejor amigo.*

A Daniela, mi hija de ocho años, le conté la noticia por la tarde. Siempre que puedo, ella y yo tenemos un FaceTime durante diez o quince minutos alrededor de las nueve de la noche, un poco antes de cenar. A menudo, Daniela se quejaba por mi falta de tiempo, relacionándola con mi trabajo en la política. Cuando le conté que había decidido dejarlo, sonrió y dijo: «¿Ah, sí? Entonces ahora podremos estar más tiempo juntos, ¿no?»». Le contesté: «Bueno, ya veremos... Hay

muchos trabajos que impiden a muchos padres ver a sus hijos todo lo que quisieran. E incluso los ven menos de lo que yo te veo a ti... Intentaré trabajar en algo que me permita verte más». Me sorprendió cuando, como si fuera una entrevistadora sagaz, me preguntó: «¿Pero ya sabes de qué vas a trabajar? ¿De qué te gustaría?». Me reí por la seriedad de la pregunta y respondí como pude: «Pues aún no lo sé. Seguro que en algo bueno. Te lo contaré cuando lo sepa para que me digas qué te parece». Y ese fue el acuerdo.

Malú era la persona que mejor conocía lo que me venía rondando por la cabeza: el «plan b», los discursos de dimisión que escribía en el móvil cuando volvía de algún viaje, el cansancio por tanta exposición pública... Todo esto lo compartimos durante las semanas anteriores a mi renuncia. Ella, quizá por su trayectoria y su profesión, entendía mejor que nadie la presión que estaba soportando y sabía que mi vida se encontraba en un momento crucial. Durante las campañas electorales de ese año, su apoyo fue fundamental, y sabía tan bien como yo que ese runrún de mi interior terminaría por salir al exterior tarde o temprano. En aquella última y durísima campaña me aconsejó que me entregara a fondo para que, pasara lo que pasara, siempre estuviera tranquilo por haber hecho todo lo que estaba en mis manos.

Siguió mi comparecencia en casa, por televisión. Obviamente, estaba sobre aviso, pero, según me confesó después, fue un momento difícil y doloroso. Sintió pena ante aquel final tan abrupto. Para los dos, a pesar de haber vivido un año bonito e intenso en lo emocional y familiar, también había sido un año duro en lo profesional, por su lesión en el pie,

que le obligó a operarse y a cancelar una gira —con lo que esto supone para un artista y su público—, y por mis sucesivas campañas a lo largo de los últimos nueve meses.

Recuerdo que, después de la comparecencia, estando ya en mi despacho, me quedé asombrado de los cientos de mensajes que se acumulaban en mi móvil. También mi secretaria, Tamara Escurín, tenía el teléfono y el ordenador reventados de mensajes, llamadas perdidas y correos. La mayoría eran de felicitación por el discurso del adiós.

La vorágine duró todo el día, también en las redes, donde mi comparecencia fue *trending topic* de aquel 11 de noviembre. El terremoto emocional culminó cuando, después de varias horas encauzando sentimientos encontrados e intentando animar a compañeros y amigos, al fin entré en mi despacho, cerré la puerta y, de nuevo, me eché a llorar. No fueron más de cinco minutos, pero me sirvieron para soltar la tensión acumulada desde hacía varias horas.

Cuando me repuse, fui a saludar a todos los compañeros que aún seguían en la sede. Recorrí las plantas tercera, cuarta y quinta, animé a quienes me encontré y les pedí que, pese a todo, no olvidaran nunca lo que habíamos logrado juntos. Ahora se sentían tristes y derrotados, pero eran los mismos que unos meses atrás habían conseguido cincuenta y siete diputados, convirtiendo a Ciudadanos en la tercera fuerza política del país.

En la terraza de la sede estaban algunos de los compañeros de partido más cercanos y los más veteranos: Carlos Carrizosa, Carlos Cuadrado, José Manuel Villegas, José María Espejo, Fernando de Páramo, Fran Hervías, Manuel García

Bofill, Joan García... El «núcleo duro», buena parte del origen de Ciudadanos y, sobre todo, buenos amigos que me han acompañado —y yo a ellos— desde los inicios de la formación como plataforma cívica en Cataluña. Eran las dos de la tarde y les propuse que nos fuéramos a comer a algún sitio tranquilo. Elegimos un restaurante céntrico al que ya habíamos acudido en alguna otra ocasión. Una vez en el comedor, el ambiente era una mezcla de *shock*, nostalgia y cansancio emocional. Me confesaron que su mayor temor durante aquella mañana era que renunciara por un «calentón», pero les expliqué que la decisión estaba muy meditada y que se trataba de algo necesario para mí.

La comida transcurrió relajada, amable, en confianza. Cuando salimos del restaurante, nos dimos cuenta de que había varios periodistas en la puerta que al momento se me acercaron, alcachofa en mano. Me preguntaron por el día difícil y por mi vida personal. Siempre he sido educado con los medios, pero también discreto sobre mi intimidad. Me limité a sonreír levemente y entré en el coche para irme a casa.

*He disfrutado y he aprendido. He conocido a gente maravillosa por el camino. He aprendido de cada español al que he saludado en cada provincia de este país. Hay que seguir soñando. Hay que seguir disfrutando. Hay que seguir con ganas.*

En mi última comparecencia quise hablar explícitamente de la felicidad. La felicidad es mucho más que estar contento o pasártelo bien; es un balance, un equilibrio, una forma de

vivir que te permite sentirte bien contigo mismo y con tus valores. Y aquel 11 de noviembre de 2019 aposté por mi felicidad futura. No puedo arrepentirme de lo que hice sencillamente porque necesitaba hacerlo. Y, además, si después de un resultado electoral como el que habíamos tenido hubiera optado por quedarme y luchar para levantar el partido, de inmediato me habrían señalado —de buena y de mala fe— como alguien oportunista, incapaz de ser fiel a sí mismo; alguien que se aferra a su sillón, que tiene miedo, que no hace autocrítica y que, en definitiva, no es libre. La lapidación política a la que me habrían sometido los adversarios y medios de todo signo habría sido insoportable.

Mi felicidad y la de los míos es mi prioridad en este momento, y creo que el proyecto que representa Ciudadanos también necesitaba que yo me apartara después de aquel desastroso resultado. Hoy estoy aún más convencido de que mi decisión fue acertada. Era lo difícil, pero fue lo correcto.

Con la serenidad que me otorgan los meses transcurridos desde aquel epitafio político de catorce minutos, hoy reivindico la expresión que mejor representa lo que siento, lo que pienso, lo que quiero y lo que soy: «¡Viva la libertad!».